

LA ÉTICA Y EL AZAR. CELEBRANDO LA VIDA CON FERNANDA NAVARRO

Varios Autores

1. Presentación

Roberto Briceño Figueras, Ana Cristina Ramírez Barreto
y Gloria Cáceres Centeno

A finales de 2020 se concretó una idea propuesta tiempo atrás: celebrar la presencia activa de Fernanda Navarro Solares en la comunidad de filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Para ello se programaron eventos mensuales durante 2021 bajo el título “El siglo xx desde el siglo xxi. Conversaciones con Fernanda Navarro Solares”. La actividad fue pensada como un ejercicio tanto de memoria como de reflexión en torno a eventos importantes en los cuales ella ha participado. Además, como parte de la celebración por sus 80 años de vida, cumplidos el 20 de diciembre de 2021.

Las fechas de las conversaciones y los temas abordados fueron los siguientes:

30 de abril: *Presentación de Fernanda Navarro Solares.*

28 de mayo: *El tiempo con León Felipe.*

25 de junio: *El Tribunal Russell. 1968 y la clausura de la Universidad de Nanterre. 2 de octubre en Tlatelolco. El existencialismo.*

30 de julio: *Estancia en Chile hasta el golpe de estado (1972-1973). Acompañante y traductora de Hortensia B. de Allende.*

27 de agosto: *La filosofía en la Universidad Michoacana. Colectivo Feminista VenSeremos en Morelia (1977 a 2010)*.

24 de septiembre: *Estancia en París. Último curso de Foucault y contacto con Louis Althusser (1983-1984)*.

29 de octubre: *Luis Villoro Toranzo, Carlos Lenkersdorf y la filosofía en clave Tojolabal*.

18 de noviembre: *Coloquio: La ética y el azar*.

La fecha del coloquio “La ética y el azar” coincidía con la celebración del Día Internacional de la Filosofía. En él participaron colegas que compartieron su experiencia y reflexiones al convivir con alguna de las muchas Fernandas, como dice ella. La conocen porque fueron sus estudiantes a través de las décadas, porque han seguido luchas por la ecología de la zona lacustre de Michoacán, contra el sexismo, a favor de los pueblos indígenas y, en general, contra las formas de abuso y dominación: Josefina Cendejas Guízar, Carmen Martínez Genis, Sonia Dávila (desde la Ciudad de México), Citlali Marino, Laura Malagón, Jaime Vieyra (desde Uruguay) y Guadalupe Zavala (desde España). Fernanda estuvo presente en el auditorio “María Zambrano” de la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana escuchando y agradeciendo tan cálidas palabras. En el presente Testimonio se publican los textos leídos aquel día.

En relación con el Día Internacional de la Filosofía, Audrey Azoulay, directora general de la UNESCO, escribió que era la oportunidad para “dar un paso atrás y, a través de la práctica filosófica, tomar la perspectiva necesaria respecto al torbellino de los acontecimientos para pensar cómo reconstruir un mundo más justo y más digno”. El torbellino al que se refiere desde luego que incluye la pandemia por el virus de COVID-19 que, como un átomo desviado de su curso en diciembre de 2019, generó turbulencias y reacomodos a nivel planetario e individual. Muchos de estos nuevos arreglos ahondan el expolio, las injusticias y la devastación de las comunidades vivientes. Las muchas Fernandas que hemos conocido están involucradas con esta búsqueda de verdad, justicia, claridad, paz y dignidad para que esas comunidades prevalezcan en su difícil florecimiento.

El título del coloquio responde al interés duradero de Fernanda, según ella misma lo manifestó, en los conceptos de la ética y el azar. Ambos fueron invocados en las sesiones mensuales y en las intervenciones realizadas durante el Día Internacional de la Filosofía, en las que se recordó, por ejemplo, el apoyo a las luchas revolucionarias en Cuba y Nicaragua; también se expresó una profunda decepción con lo que se han convertido estos regímenes. Habrá que tener presente lo dicho por Camus en *El mito de Sísifo*: “Este universo, en adelante sin dueño, no le parece ni estéril ni fútil. Cada grano de esa roca, cada destello mineral de esa montaña, plena de noche, para él forma un mundo. La propia lucha hacia la cumbre basta para henchir el corazón de un hombre. Hay que imaginar a Sísifo dichoso” (Camus, 1942/2010, pp. 137-138).

Ética y azar, alegría e indignación, búsqueda y sosiego están presentes en nuestros recuerdos de las clases, marchas, manifestaciones en las plazas públicas, reuniones para acordar tareas en el activismo, para leer y comentar los textos relevantes. Desde luego, también en las fiestas y reuniones en casa de Fernanda, cuando conversábamos sobre apasionantes ideas, excelente música y ella, por ejemplo, recitaba de memoria fragmentos de “El cementerio marino”, de Paul Valéry, y “El cuervo”, de Edgar Allan Poe, en sus idiomas originales.

Y así, abrazamos la idea con que cierra su libro *Existencia, encuentro y azar* (1995, p. 127):

...reconocer la complejidad que entraña la subjetividad, a saber, la condición desgajada, desgarrada del *yo*, de la conciencia que, desacompasada y sin remedio –por ser capaz de concebir más de lo que le es dable vivenciar– clama por un lado permanencia y por el otro levanta el vuelo evanescente y aleatorio. Igualmente inherente y entrañable parece serle la aspiración al *encuentro*, a esa experiencia intransmisible y siempre inaugural, que conserva el privilegio de otorgar luminosidad y sentido a este nuestro terráqueo deambular.

2. Fernanda Navarro o la filosofía como forma de vida

Josefina Cendejas Guízar

En la época en que conocí a Fernanda Navarro la filosofía no era una profesión popular ni una opción de vida para las mujeres. No había filósofos ni filósofas *rock stars* como ahora, que tienen audiencias enormes en las redes sociales, que escriben *best sellers* o que inspiran movimientos pro derechos de todo tipo. Era más bien un oficio discreto y solitario, muy poco vinculado con las causas sociales, con los problemas del mundo real. Más apegado tal vez a la famosa frase de Wittgenstein, según la cual “la filosofía deja todo como está”.

A mí, como joven estudiante, me llamaba la atención el activismo de mi maestra Fernanda y, sobre todo, cómo se complementaba con su pasión por el pensamiento crítico. Para ella nunca hubo esa línea divisoria entre el pensar y el actuar, tanto en el ámbito público como en el privado. La recuerdo como impulsora del ambientalismo en Michoacán, cuando formó parte central del movimiento que impidió la instalación de un reactor nuclear experimental en la zona lacustre de Pátzcuaro, y también como parte del grupo de apoyo a la Unión de Comuneros Emiliano Zapata, UCEZ, movimiento emblemático de comuneros purépechas en defensa de sus territorios. Más tarde, ante el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, Fernanda se convirtió en una aliada y difusora incansable de la filosofía del movimiento zapatista, que sigue siendo, sin duda, un referente para las luchas de emancipación en nuestro país y más allá. Sin embargo, debo señalar que mucho antes de que el EZLN difundiera su lema de “un mundo donde quepan muchos mundos”, Fernanda ya nos recitaba en el mismo sentido el verso de Paul Éluard: “hay otros mundos, pero están en éste”.

Son conocidas las incursiones de Fernanda en momentos clave de la historia contemporánea, como su participación en la Fundación Bertrand Russell para la Paz en 1967 o su apoyo a la familia de Salvador Allende después del golpe militar de 1973 en Chile, donde ella vivía entonces. Asimismo, su cercanía y fecundo diálogo con Louis Althusser,

en los oscuros días de su confinamiento, del que salió una obra conjunta que sorprendió al mundo de la filosofía por su novedad y originalidad.

Mi vinculación más estrecha con Fernanda Navarro comenzó en el contexto de un congreso de filosofía, realizado en Morelia a principios de los años 1980, en el que la ausencia de temas relacionados con la mujer y con el pensamiento de mujeres filósofas era flagrante. Recuerdo muy bien cómo, en una mesa de café, un puñado de jovencitas estudiantes de filosofía y nuestra maestra, tomamos juntas la decisión de formar un grupo de estudio, que luego se convertiría en el Colectivo feminista VenSeremos, el primer grupo feminista de Michoacán. Esa experiencia marcó la vida de todas las que participamos en ella y, más allá de eso, abrió las posibilidades de que en nuestro entorno más cercano se abordaran temas que hasta el momento eran considerados tabú, como la violencia sexual, el aborto, el derecho a una sexualidad plena, o el papel de la familia como instrumento clave de la opresión patriarcal.¹ Ahora quiero centrarme en cómo Fernanda nos guio durante esos años de activismo frenético, con un estilo que conjugaba la más profunda empatía, la generosidad intelectual y la congruencia entre pensamiento y acción. Todo ello sin caer nunca en la tentación de la solemnidad, sino al contrario, incluyendo la creatividad y el sentido del humor. Creo que durante esos años tejimos juntas una forma de estar en el mundo que desconocíamos, con ella como un centro gravitacional siempre dinámico y cambiante pero accesible para abrazar las dudas, las luchas personales y los hitos de crecimiento en el devenir de nuestras vidas.

Fernanda fue el motor, por decirlo así, de una escuela de pensamiento y de vida que, fuera de las aulas, provocó en nosotras los aprendizajes más profundos. Junto a ella pudimos deconstruir las claves de nuestras opresiones y ponernos en marcha para luchar contra ellas. Nunca más nuestro pensamiento ni nuestra posición en el mundo serían los mismos. Habíamos adquirido una conciencia y una voluntad de transformación que iba más allá de lo intelectual, y nos traspasaba por entero.

¹ Para mayor información sobre el Colectivo feminista VenSeremos ver Cendejas (2017).

Ha pasado mucho tiempo y todas tomamos caminos diferentes. En lo personal, puedo dar testimonio de que Fernanda fue, y sigue siendo, un modelo de mujer libre para muchas que no lo éramos, pero deseábamos serlo ardientemente. No había muchos referentes de mujeres liberadas en nuestro entorno, ni para nuestra generación; ella llenó ese vacío con una generosidad legendaria, con una lúcida sencillez que no le permitió nunca erigirse como una figura de poder, como suele ser lo común en todo grupo. Mi tributo a esta filósofa, a esta mujer sabia, tiene que ver sobre todo con eso, con las sutiles formas en que ella nos enseñó, como diría Rosario Castellanos, “otro modo de ser, humano y libre”. Gracias, Fer, por haber provocado junto con muchas y muchos, que el pensamiento se volviera vida, y que la vida siguiera estando en el centro, llena de posibilidades infinitas.

3. Fue mi maestra / Fernanda Navarro

Sonia Dávila

Sabemos que, en el arte, y aun en la verdad, hay un sólo valor: la “primera mano”, la auténtica novedad de lo que decimos, la “musiquita” con la que lo decimos. Sartre fue eso para nosotros (para la generación que tenía veinte años en el momento de la Liberación). Por entonces, ¿quién si no Sartre supo decir algo nuevo? ¿Quién nos enseñó nuevas maneras de pensar?

GILLES DELEUZE, “Él fue mi maestro”

¿Quién si no Fernanda nos enseñó nuevas maneras de pensar? Al recordar que el único espacio para el pensamiento zapatista en la Facultad de Filosofía y Letras era la clase de Filosofía maya con Fernanda, me queda clara la auténtica novedad que representó su cátedra en mi formación filosófica. Era éste uno de los pocos espacios en la carrera de Filosofía donde se cuestionaba al Estado y a la modernidad eurocéntrica. Ahí se nos enseñaba la manera de pensar de los pueblos indígenas que en este país se organizan y luchan para defender y mejorar sus formas de vida.

En el 18 de noviembre de 2021, además de celebrar la vida de Fernanda y el Día Internacional de la Filosofía, también se celebra el aniversario de la Fundación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Por ello recordamos que hace 38 años en medio de la noche fría y lluviosa, los primeros seis insurgentes, cinco hombres y una mujer, tres mestizos y tres indígenas, crearon lo que hoy conocemos como el EZLN y con ello transformaron nuestra idea de revolución.

El ¡YA BASTA! del levantamiento zapatista, el 1º de enero de 1994, demostró que la vía institucional para resolver las demandas de los pueblos y comunidades indígenas, así como la vía del diálogo, estaban canceladas. La Declaración de Guerra, plasmada en la Primera Declaración de la Selva Lacandona, sería la única opción de vida para un movimiento que demanda “trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz”. [...]

En todos estos años, mientras el EZLN lanzaba sus diversas iniciativas a través de las Declaraciones de la Selva Lacandona –y frente a la traición gubernamental en los diálogos de San Andrés–, el EZLN convocaba a la creación de los Caracoles Zapatistas y las Juntas de Buen Gobierno. Así mismo, era inminente que el movimiento zapatista se expandía territorialmente. Como respuesta, los malos gobiernos imponían muerte y destrucción.²

En todos estos años, el EZLN y los pueblos originarios que se organizan para defender su territorio del despojo nos han enseñado que otra *política* es posible. En un país como México, donde la cultura política es feminicida por patriarcal, autoritaria y corrupta, los pueblos originarios han abierto espacios como los caracoles zapatistas y las juntas del buen gobierno donde se pone en práctica una política otra, más allá del estado y sus instituciones, es decir, más allá de la imagen jurídica-contractual que Deleuze identifica como imagen dogmática y moralizante de pensamiento. Pues para ser un “sujeto racional,” es decir para ser considerado “ciudadano”, es necesario poseer los códigos de la sociedad occidental: la ley, el contrato y las instituciones. Por ello Foucault (1976/1989, p. 110) explora la posibilidad de “liberarse de esa imagen, es decir del privilegio

² Otomés en resistencia y rebeldía (10 de noviembre 2021).

teórico de la ‘ley’ y la ‘soberanía’, si se quiere realizar un análisis teórico del poder según el juego concreto e histórico”.

Esta es la sospecha que la filosofía de Foucault y Deleuze nos lanzan: la democracia, el estado y sus instituciones ¿no suponen un modo de organización económica, social, sexual y deseante, que nos pone al servicio del sistema de producción, re/producción y consumo patriarcal-capitalista, y de todo su régimen de valor y de sentido? Y si ello es así, si el estado es efectivamente un “aparato de captura” y un “modelo de realización” para la axiomática capitalista, ¿no significa esto que la relación estatal de dirigismo y representación indirecta (relación jurídica-contractual) es una relación que instituye nuestra propia explotación y alienación?

La resistencia permite fragmentar el poder e introducir modos de existencia alternativos en los que se descubre la posibilidad de hacer de la libertad una cuestión práctica y no simplemente formal; una libertad no de los actos, de las intenciones o del deseo, sino de escoger una manera de ser. Hoy que estamos celebrando la vida y obra de Fernanda, festejamos su resistencia creativa, su actitud de mujer feminista, como una práctica productiva que rechaza los modos impuestos de vida, un impulso revolucionario producto de una fuerza creativa vital que se mueve gracias a la búsqueda inalcanzable de justicia.

Así, nos gustaría afirmar con Nietzsche (1878/1999, p. 33), que “la última distinción entre los cerebros filosóficos y los demás sería que los primeros quieren ser justos, mientras que los segundos quieren ser jueces”. En ese sentido, la vida de Fernanda se distingue por ese deseo revolucionario de justicia. Así entendida, la filosofía implica una forma de vida que no tiene que estar vinculada a ningún sistema moral o legal, ni tiene que estar basada en un conocimiento científico. Es una fuerza, una posibilidad de crearnos constantemente, de transformarnos, de modificarnos, de luchar contra el poder político que intenta controlarnos, clasificarnos y normalizarnos; es creación de modos de existencia por medio del rechazo del tipo de individualidad que nos ha impuesto el patriarcado actual (estatal y capitalista).

Tenemos que elucidar cuál es, por lo tanto, nuestra “complicidad inconsciente” con el sistema que nos explota y esquizofrena. El patriarcado

actual (estatal y capitalista) funciona gracias a la captura que se ha hecho del significado de lo político dentro del esquema jurídico-contractual de la democracia representativa. En un contexto donde es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, el zapatismo representa una auténtica novedad en la filosofía política, pues nos enseña que es posible construir líneas de fuga para producir otros mundos posibles. Contra la democracia indirecta y representativa, los caracoles zapatistas y las juntas del buen gobierno, como la encarnación del devenir democrático autoemancipatorio directo, colectivo y permanente. Esas fueron las nuevas maneras de pensar que nos enseñó Fernanda, para nosotros la generación *millennial* que muy niños éramos cuando nació el movimiento zapatista y que muy poco habíamos oído hablar de él. Por entonces, ¿quién si no Fernanda supo decir algo nuevo? ¿Quién nos enseñó nuevas maneras de pensar?

Gracias, Fernanda, por ser mi maestra, por mostrarme la novedad radical que el zapatismo ha traído a la historia de la filosofía, del pensamiento, de la política. Gracias también por no rendirte, no venderte y no claudicar. En ese caminar me has enseñado que el devenir revolucionario de la filosofía es un devenir minoritario. Por último, pero no menos importante, gracias por enseñarme que es posible hacer de la filosofía una práctica de vida que permita la producción de nuevos modos de existencia y resistencia. Así, me gustaría finalizar con las palabras que Deleuze escribe sobre Sartre en su texto “Él fue mi maestro”, dedicándotelas a ti, mi querida maestra Fernanda:

En el momento en que alcanzamos la mayoría de edad, nuestros maestros son aquellos que nos impresionan con una novedad mayor, los que saben inventar una técnica artística o literaria y encontrar la forma de pensar correspondiente a nuestra modernidad, es decir, tanto a nuestras dificultades como a nuestros difusos entusiasmos (Deleuze, 1964/2005, p. 105).

Gracias, Fernanda, por existir y resistir.

4. Con un caracol en el pecho

Laura Eugenia Malagón Castro

Es un motivo de alegría participar en este foro para honrar y celebrar la vida, la obra y el quehacer de Fernanda Navarro Solares. Un foro para dialogar, recordar y, en mi caso, agradecer el afortunado encuentro que ha sido para mí su querida presencia, así como su influencia determinante en mis inquietudes filosóficas. No hay mejor ocasión para celebrar el Día Internacional de la Filosofía que reunirnos en torno a una figura que lleva más de 44 años de enseñanza y difusión de la filosofía, siendo ahora mismo responsable de la cátedra “Filosofía y cultura maya hoy” inaugurada por Carlos Lenkersdorf en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Además de ser luchadora social, feminista y activista incansable, Fernanda Navarro es una filósofa, pensadora, traductora e inquieta viajera, lo que le ha dejado un cúmulo de experiencias vivificantes que ha sabido transmitir y enriquecer en sus clases. Grandes personajes han rodeado su vida, con quienes mantuvo una cercanía filosófica que dejó huella en su pensamiento y en su corazón. De esa complicidad intelectual se derivaron los libros *Antología de la obra de Bertrand Russell* (1971), *Existencia, encuentro y azar* (1995) y *Louis Althusser: filosofía y marxismo. Entrevista por Fernanda Navarro* (1988/2005).

Fernanda ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM optando por la carrera de filosofía, después de dos años de estancia en la Sorbona estudiando literatura francesa del siglo XIX. Su clara inclinación por la literatura y la poesía le llevaría asimismo a entablar una estrecha amistad con el poeta español exiliado León Felipe. En 1967 viaja a Londres para colaborar con el filósofo británico Bertrand Russell como traductora para América Latina en el “Tribunal de la conciencia de la humanidad”. Antes de comprometerse con la docencia se dirige a Chile para ser testigo de la instauración del socialismo por la vía pacífica de Salvador Allende; permaneció allí tres años trabajando en una editorial como traductora, hasta que llegó el golpe de Estado. Este hecho conde-

nable la llevó a una larga gira entre países y organismos internacionales como traductora y asistente de Hortensia Bussi, viuda de Salvador Allende, para denunciar los crímenes de la dictadura chilena.

A su regreso a México se dirige a tierras michoacanas a ocupar una plaza de tiempo completo en la Universidad Michoacana, en donde trabajaría de forma ininterrumpida por 34 años. En sus años de docencia viaja a Francia para asistir al último curso de Michel Foucault, a quien en clase Fernanda solía llamar la cabeza más brillante de París. Ahí mismo conoce a Louis Althusser, con quien entabló una estrecha cercanía intelectual y una amistad que se prolongó de manera epistolar.

A finales de la década de los 80, como directora de la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana, organizó dos importantes coloquios de filosofía de la cultura a los que asistieron destacados intelectuales; estos eventos sirvieron como antecedentes del programa institucional de Maestría en Filosofía de la Cultura, fundado en el año 1992 y vigente hasta la fecha. Realizó también convenios internacionales con el Instituto Francés de América Latina de la Embajada de Francia, lo que se tradujo en la impartición hasta 1997 del diplomado internacional “El pensamiento contemporáneo”, entre el Collège International de Philosophie de Paris, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y la Facultad de Filosofía de la UMSNH.

Conocer a Fernanda Navarro ha sido un acontecimiento. Ella sorprende siempre con ese ser cálidamente amable, con esa sonrisa dispuesta a la pregunta que contrasta con la fuerza de sus ideas, y con su hacer, que apunta y va más allá de los muros universitarios, del discurso filosófico académico, para ir a resonar en aquellos movimientos antisistémicos capaces de impactar la historia local y global. Ética y política han sido los rieles por donde Fernanda ha hecho transitar a la filosofía con destino a los movimientos sociales.

Recuerdo que mi primer encuentro con Fernanda fue breve y se ubica en la década de 1980, cuando iniciaba mis primeras aventuras político-solidarias. Por entonces Cuba se veía sujeta a un bloqueo que la privaba de hidrocarburos. Se formó en Morelia un comité de ayuda llamado “Va por Cuba” en el que ella era una de las principales activistas, y se

llevaron a cabo exposiciones artísticas y subastas con obra donada con el fin de recabar fondos. En conjunto con los esfuerzos de otros comités a nivel nacional se logró enviar a la isla dos embarques de combustible.

A finales de los años 1990 ingresé como alumna a la Facultad de Filosofía de la UMSNH y me reencontré con Fernanda, teniendo la suerte de tenerla como maestra durante cuatro semestres de la carrera. Cursé con ella la materia de Filosofía Política, en la que revisamos entre otros temas el problema de la globalización justo cuando estaban en efervescencia los movimientos antiglobales a los que se hacían inquietantes y esperanzadoras referencias. En la tarde del 11 de septiembre del 2001, horas después del ataque a las torres gemelas en Nueva York, y cumpliéndose el 28° aniversario del golpe de estado en Chile, Fernanda narró su experiencia de haber presenciado el magnicidio en Santiago y describió el trabajo que posteriormente realizó al lado de la viuda de Allende, a quien familiarmente se refería como “Tencha”.

Por su calidad humana y su perspectiva política es que elegí cursar con Fernanda un paquete de materias optativas del sexto al octavo semestre de la carrera enfocado en abordar a Nietzsche, Foucault y Deleuze, los mismos filósofos que ella había elegido para escribir su tesis de doctorado en la UNAM, y que desde mi punto de vista formulaban los más acertados conceptos de transformación de una ética y una política de la diferencia. Fue la lectura de Deleuze y sus extraños devenires lo que me acercó más a Fernanda; desde entonces se empezaron a tejer esas afortunadas coincidencias que me enseñaron a ver y a apreciar lo relevante de los movimientos sociales con sus múltiples medios de resistencia. Además, tomé un diplomado coordinado por ella llamado “Movimientos sociales contemporáneos”, en el que se escucharon voces de reflexión, de singularidad, relaciones de experiencias de las más diversas luchas por la vida que resisten un sistema de pensamiento uniforme.

La fórmula estaba completa: con Fernanda se abría otra manera de enfocar la filosofía y entender hacia dónde dirigirla, muy distinta de la vía tradicional por la que habíamos transitado a lo largo de la carrera, entre grandes personajes de la historia de la filosofía. Así los conceptos clásicos de la modernidad occidental se estrellaban ante los pueblos que son

nuestra realidad, pueblos que nos hablan, que tienen su propia lengua y cuentan con los componentes claves de su cosmovisión y modos de nombrar, de ver el mundo, de hacer una política muy otra, sin mandones, porque tienen un sentido de comunidad y convivencia horizontal.

Por ello me resultó naturalmente sencillo elegir como tema de investigación para la tesis de titulación el análisis del EZLN desde algunos conceptos de Deleuze. Fernanda no fue asesora del trabajo, por haberse retirado de la UMSNH, pero sí lo acompañó y participó como sinodal el día del examen recepcional. Producto de esa investigación recibí la invitación de Fernanda para viajar a Chiapas y tener la experiencia de viva voz de lo que ha logrado el zapatismo desde su irrupción en 1994. El viaje se realizó una vez concluido el Coloquio Internacional “Althusser en América Latina” realizado a finales de mayo del 2012 en la UMSNH y del que Fernanda Navarro fue de las principales impulsoras.

Cada día de esa semana que permanecemos en tierras chiapanecas se convirtió en sorpresas, lecciones y recuerdos. Al llegar a San Cristóbal de las Casas fuimos recibidas por una amiga de Fernanda que amablemente nos ofrecía alojamiento en su casa, y ¡oh, sorpresa!— se trataba de Beatriz Aurora, la pintora de origen chileno quien decidió radicar en Chiapas en 1995 luego del alzamiento zapatista, cuya obra muchos hemos tenido la fortuna de conocer. Ella es la creadora de pinturas, postales y portadas de libros referidas a los ideales zapatistas; en su obra destacan personajes con pasamontañas, paisajes cotidianos zapatistas, cielos estrellados, abundantes vegetaciones y ríos, mujeres recostadas sobre los cuernos de la luna. La autora de estas imágenes simples, coloridas y llenas de simbolismo sería nuestra anfitriona, acompañante y guía.

Al primer lugar a donde nos dirigimos fue al Centro Indígena de Capacitación Integral (CIDECI), también conocido con el nombre de Universidad de la Tierra Chiapas. Allí conocimos la iniciativa más novedosa en el campo de la pedagogía de la que tenga referencia, un proyecto que nace en México como universidad muy otra. En este peculiar espacio de aprendizaje no se concibe al estudio como medio para escalar en la pirámide de la meritocracia académica, ni se ofertan certificados ni cédulas profesionales, en cambio se aprende sin títulos, profesores o currículum,

pues los procesos de instrucción parten en todo momento del interés de los sujetos en cuestión, y lo que se hace es conectar a una persona que sabe con otra que quiere aprender.

En el CIDECI nos recibió el Dr. Raymundo Sánchez, coordinador del proyecto, quien amablemente nos explicó el funcionamiento del centro desde sus orígenes, inspirado en gran medida en el proyecto que Gustavo Esteva coordina en Oaxaca, ambos a su vez inspirados por la visión utópica de Bartolomé de las Casas, quien ideó modos de producción capaces de asegurar la subsistencia de las comunidades a largo término, y por el referente teórico de Iván Illich y su visión de una educación sin escuelas. La Universidad de la Tierra cuenta con una infraestructura conformada por un amplio número de módulos y construcciones, entre salones para conferencias, biblioteca, comedores, dormitorios, talleres de todo tipo, granjas y zonas de cultivo, y un gran auditorio con capacidad de acoger a más de mil personas. Cuenta además con un conjunto de centros de estudio que se abordan diversas temáticas y áreas de conocimiento en los que participan sectores de la sociedad civil mexicana y extranjera. Sobre todo, la finalidad es albergar durante semanas entre 100 y 150 jóvenes de diversas comunidades indígenas quienes llegan a aprender y a mantener su propia vida de forma independiente y autónoma.

El siguiente objetivo fue adentrarnos en territorio zapatista por un camino de vasta vegetación a unos 40 kilómetros de San Cristóbal, en una zona conocida como los Altos de Chiapas. Ahí se encuentra el caracol de Oventik que aglutina a siete Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ) donde habitan tzotziles y tzeltales, y en donde se reúne su Junta de Buen Gobierno. El panorama cambia radicalmente por ser una comunidad rural pequeña sin mayor infraestructura. Una vez que se autorizó nuestra entrada al caracol gracias a la gestión de Fernanda, pudimos observar construcciones de madera portadoras de vistosos murales, muchos de ellos haciendo referencia a las mujeres y su papel en la lucha zapatista. Dimos un recorrido y vimos a jóvenes y niños saliendo de clases de primaria y secundaria a las que acuden de comunidades cercanas; también observamos que cuentan con una clínica con ambulancia y producen medicinas naturales, además de albergar varios colectivos de

mujeres a manera de cooperativas donde hay montados talleres en los que se teje, borda y se producen artesanías.

Después del recorrido nos recibieron algunos delegados de la Junta de Buen Gobierno, cada uno tomó la palabra para explicarnos que desde el 2003 comenzaron a trabajar en los caracoles luego de que la organización rompiera toda relación con los gobiernos federal y estatal tras el rechazo de los Acuerdos de San Andrés. Ahora esta nueva organización civil emanada de las comunidades tiene la encomienda de sacar adelante programas y proyectos autónomos de salud, educación, justicia, economía autosustentable y democracia radical, en donde “el que manda, manda obedeciendo”, construyendo con la paciencia del caracol su autonomía, en remplazo de ancestrales sometimientos y despojos.

Para los zapatistas la figura del caracol es un poderoso símbolo con múltiples significados provenientes de la cultura mesoamericana. Para los antiguos guerreros mayas el caracol es escudo y señal de fuerza guerrera, porque con el sonido que se emite al soplar por su concha podían convocar a otros guerreros; de ahí que el caracol evoque el llamado a la comunidad para enfrentar los diferentes desafíos. Además, cuando una concha de caracol se usa como cuerno, el sonido entra y sale por el mismo orificio: simbólicamente el caracol tiene la doble función de permitir hablar y escuchar, de que entren y salgan voces por un mismo orificio. Por ello pienso que Fernanda porta un caracol invisible en el pecho, porque sabe oír y hablar, porque su caracol-corazón es su escudo y señal de razón-fuerza que la hace caminar por la vida, sembrando y recogiendo voces dignas de la tierra, abriendo ventanas, esparciendo esperanza, celebrando nuevas luchas y rebeldías, novedosas formas de protesta, sabiendo bien a bien lo que hay que defender y preservar en este mar tempestuoso en el que nos ha tocado navegar. Hoy celebro con entusiasmo su extraordinaria vida y agradezco a la maestra, a la amiga y compañera de algunas travesías, por haberme mostrado otras maneras de percibir las relaciones con nuestra época desde ese extraño vínculo que se crea desde la filosofía, la política y la ética, pero también por hacerme sentir que es válido soñar con un mundo con verdad y justicia.

5. Para saludar los pasos de Fernanda Navarro

Jaime Vieyra García

Prólogo

Quiero participar en este coloquio-homenaje con un agradecimiento que es a la vez una caracterización de la filosofía que Fernanda ha practicado en sus diversos caminos. Seré breve y me apoyaré en un par de anécdotas personales. Preciso hacerlo porque la enseñanza de Fernanda tiene para mí un carácter no sólo académico sino vital o, más exactamente, existencial, ése que implica el afecto y el ejemplo. Hay, en efecto, enseñanzas que se asimilan inmediatamente, pero hay otras –y quizá las esenciales– que van abriéndose, como flores, cuando las condiciones y la propia maduración lo hacen posible, a veces mucho después de haberlas recibido. Es el caso de una de las enseñanzas más profundas que recibí de Fernanda y cuya influencia me ha acompañado en mis propios pasos: la necesidad de ligar el pensamiento con las emociones más elevadas, lo cual transforma la fría dialéctica conceptual de la tradición filosófica en una apasionada investigación de los sentidos del mundo y convierte la emocionalidad, de simple expresión del yo, en una forma de conocimiento de nuestro estar aquí en la Tierra. Se han acuñado diversos términos para caracterizar esta doble afirmación del pensar y del sentir, que implica a la vez la doble crítica del intelectualismo en filosofía y del emotivismo estratificado por el orden social: se habla de “sentipensar” (“Todo lo que en mí siente está pensando” decía Pessoa), “pensar con el corazón”, “pensar soberracional” o, simplemente, “filosofía vital” para indicar que en el pensar está en juego la totalidad de la experiencia, no sólo la relación del ser humano con el Mundo, sino consigo mismo estando en el mundo. En verdad esto no es algo novedoso ni extraño, sino que forma parte de la necesidad y la pertinencia de la filosofía a lo largo de su historia, desde los presocráticos hasta nosotros, pues ella busca los conocimientos importantes, significativos, movientes. Sólo que el impacto del paradigma científico moderno hizo olvidar el lugar insustituible del sentipensar filosófico junto a las ciencias,

las religiones y las tradiciones culturales en general. La crisis actual de ese paradigma positivista nos obliga a revisar más atentamente nuestra herencia filosófica para recuperar las luces olvidadas de un pensar completo y para cuestionar cierta práctica de la filosofía como una forma de poder intelectual, fría y arrogante.

Amar la libertad

Los filósofos podemos discutir acerca del concepto de libertad, sus condiciones, sus posibilidades y su existencia, pero desde la perspectiva del sentipensar no hay ninguno que la niegue, pues es la base experiencial desde la que es posible la filosofía y sus discusiones. Aun quien niega la libertad se verá obligado por el diálogo a matizar y aceptar al menos la posibilidad de dialogar. Y aún quien se niega al diálogo lo puede hacer justamente porque en el fondo admite su posibilidad de diferencia, es decir, cierto margen de libertad. Y estas tres palabras articulan bien los caminos de Fernanda y sus enseñanzas: como filósofa, ella es una amante de la libertad, una defensora de la posibilidad, una abogada de las diferencias. Libertad, sí, pero no en términos abstractos, generales, metafísicos, sino libertad aquí y ahora con justicia y dignidad para los individuos y los pueblos, como dicen los zapatistas. Pues la libertad nunca está garantizada por el orden social, por más igualitario que se presente, ya que éste busca la conservación del grupo y de las condiciones habituales de existencia: el siglo xx fue fértil en ejemplos y el xxi no se está quedando atrás, con viejas y novísimas maneras de control, alienación, subordinación, represión y encierro. El sentipensar de Heráclito lo sabía: “La lucha (*pólemos*) es rey, a unos lo hace libres y a otros lo hace esclavos”. El filósofo, la filósofa, no son observadores imparciales de las glorias y miserias del mundo, sino conciencias activas y movientes que hacen ver los tesoros de lo real y participan en la lucha contra la ignorancia, la estupidez y el miedo que esclavizan a los seres humanos.

El sentipensar lleva a tomar decisiones y hacerse responsable de ellas: el de Fernanda la llevó por las sendas de la enseñanza del filosofar con la

convicción del sentido emancipador del trabajo académico. La escuela como campo de formación de la conciencia y también como espacio de lucha política, ambas cosas juntas: la formación de un profesional de la filosofía es en sí misma una tarea político-cultural de primer orden, pues se genera así la posibilidad de la autoconciencia de las comunidades. Fernanda no sólo es una excelente profesora que revisa, aconseja, valora y alienta a sus alumnos en su formación, sino que se toma en serio –con buen humor– los enigmas de la libertad, la justicia y el sentido. Yo la conocí como profesora, inicialmente, en un curso de Ética en la licenciatura en filosofía. El curso fue impactante para mí no sólo por su contenido, sino por la forma en que Fernanda nos llevó a sentir la presencia efectiva de problemas filosóficos y la importancia de la ética. Recuerdo que ella organizó una visita del grupo a la cárcel y al manicomio de Morelia, dos lugares de encierro real y brutal. No era cosa sólo de dar definiciones y manejarse con representaciones mentales en la ética, sino de captar los verdaderos problemas y colocarnos en ellos para pensar. Eran lecciones –de efecto retardado– de amor por la libertad.

Celebrar la comunidad

Si bien todos los filósofos, de diversos modos, amamos la libertad, la forma en que Fernanda lo hace es digna de admiración y aprecio. No tiene nada del aire hosco y rencoroso, siempre irritado contra el mundo, de muchos activistas de izquierda; ni tampoco el tono ascético de algunos santones de la filosofía de raíces cristianas. En efecto, la otra parte de las enseñanzas del sentipensar de Fernanda tiene un carácter cultural, en sentido amplio, y consiste en la generación y celebración de lo que podemos llamar “comunidades de resistencia”. La filosofía es, en efecto, crítica de la realidad, pero si se reduce a esa función, se convierte en un mecanismo reactivo que complace únicamente al crítico, que se atribuye la verdad y la corrección propia frente a todo y a todos. La filosofía ha de ser también fiesta de la inteligencia, encuentro de buscadores, sinfonía de los afectos esclarecidos, celebración comunitaria del saber. Impulsar

este carácter festivo colectivo de la filosofía es la otra enseñanza invaluable de Fernanda pues, por una parte, le quita el frío letal a la crítica social carente de afectos, pero por otra –y esto es esencial– permite experimentar, en pequeño, la utopía de una comunidad de seres humanos libres. La experiencia de *un sentido afirmativo de la comunidad* es en efecto el horizonte fundamental que justifica la crítica de la realidad dada y adelanta la posibilidad de otras relaciones entre los seres humanos y con otras formas de vida. Y es también lo que evita la fuga imaginaria hacia una sociedad puramente ideal y lo que ancla la utopía a esta existencia.

Tengo el recuerdo de las fiestas en la casa de Fernanda en Santa María de Guido como algo maravilloso. Nos reuníamos allí profesores y estudiantes de filosofía, pero también feministas, artistas, activistas culturales y políticos: se escuchaba música, se bailaba, se charlaba, se leía o declamaba poesía, todo en un ambiente donde no cabían ni las pasiones tristes ni el aislamiento. Seguramente que alguna vez hubo problemas, pero a mí nunca me tocó ver o experimentar pleitos, violencias o actitudes destructivas en esas fiestas. Y por mi experiencia posterior me parece que cada filósofo y filósofa se convierten, casi sin quererlo, en centros de acción cultural para sus comunidades o, al menos, en impulsores de grupos de estudio, puesto que se trata de conocer el mundo pero también de explorar nuevas formas de vida y de relaciones. Es en las celebraciones comunitarias donde descubrimos e inventamos, con alegría y fraternidad, el sentido del “mundo nuevo” que queremos.

Sentipensar indígena

Por su cercanía con Lenkersdorf y los zapatistas, Fernanda ha incurrido en el pensamiento indígena mexicano, lo cual es perfectamente coherente con su amor por la libertad y su celebración comunitaria. Voy a invocar aquí –sólo lo invoco, pues no puedo desarrollar las ideas– el antecedente del filósofo argentino Rodolfo Kusch (1922-1979), un pionero en la exploración del pensamiento indígena americano, para apuntar hacia la importancia de este pensar para la filosofía del futuro.

No voy a entrar en la discusión de si el pensar indígena es o no filosofía, sobre ello baste decir que el hecho de que carezca de los requisitos lógicos, metodológicos, expresivos y disciplinarios de la filosofía occidental contemporánea no le resta valor y significación, sino que obliga, ya sea a ampliar el concepto de filosofía o ya sea a filosofar sobre sus formas y contenidos. En su libro de 2008, *La negación en el pensamiento popular* (Buenos Aires: Las cuarenta), Kusch ofrece una serie de argumentos en favor de la revaloración filosófica del pensar indígena y popular. Una de las líneas centrales de sus argumentos es que este pensamiento actualiza no sólo un vector *intelectual* para enfrentar la realidad, actuar sobre ella y producir objetos (así como el pensamiento “culto”, científico y filosófico), sino también un vector *emocional*, para el cual el mundo está lleno de signos fastos y nefastos, que apunta a las verdades del existir y que suscita orientaciones vitales. Por esta razón y por otras, este pensar posee un carácter integral del que carece el pensamiento culto oficial. Este último resulta de un empobrecimiento y reducción (hacia la univocidad) de pensares como el indígena que involucran el “corazón” no sólo como asiento de emociones sino como centro de la totalidad del sí mismo, y que por tanto abarcan más, incluso en términos expresivos, pues no se limitan al discurso teórico, sino que pueden utilizar la poesía, el canto, el aforismo, el cuento e incluso elementos extralingüísticos.

El discurso culto no sólo desactiva los componentes afectivos, multívocos y ambiguos de la expresión del pensar indígena, sino que desdeña lo que Kusch llama sus “operadores seminales”, es decir, las instancias de lo sagrado (lo incondicionado, lo que se afirma a sí mismo) capaces de articular, orientar e integrar las experiencias. “La Natura”, “Dios” o “Los dioses” funcionan en el pensamiento indígena y popular no como objetos determinados, sino como fuentes de significado y principios de clasificación y valoración; hacen posible la negación radical de la imposición de un orden social hegemónico y sustentan la resistencia a esta imposición. El que no veamos que esta negación indígena del orden social esconde una profunda afirmación de la vida y la cultura es un efecto de la colonización, que rechaza como no existente lo que no comprende. Y es esa herencia colonial lo que hay que levantar para encontrar la antigua nueva riqueza del pensar

indígena y quizá una renovación de la filosofía desde su vocación esencial: *sentipensar a la vez el Ser y el Estar aquí en la Tierra*. Antes que Kusch, esto me lo había enseñado Fernanda, pero yo no lo sabía, hasta hace poco. Y esta comunicación ha sido mi manera de agradecersele.

Referencias

- CAMUS, Albert (1942/2010). *El mito de Sísifo*, Buenos Aires: Losada.
- CENDEJAS, Josefina María (2017). “El colectivo feminista VenSeremos. Un recuento personal”, en Ana Luisa Barajas Pérez (2017), *Los feminismos en Michoacán y el aporte de EMAS al movimiento feminista*. Morelia: EMAS, A.C.
- DELEUZE, Gilles (1964/2005). “Él fue mi maestro”, en *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*, José Luis Pardo (Trad.), Valencia: Pre-textos.
- FOUCAULT, Michel (1976/1989). *Historia de la sexualidad 1*. México: Siglo XXI.
- KUSCH, Rodolfo (2008). *La negación en el pensamiento popular*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- NAVARRO, Fernanda. (1971). *Antología de la obra de Bertrand Russell. Prólogo de Luis Villoro*. México: Siglo XXI.
- NAVARRO, Fernanda. (1988/2005). *Louis Althusser: filosofía y marxismo. Entrevista por Fernanda Navarro* (Tercera edición). México: Siglo XXI.
- NAVARRO, Fernanda. (1995). *Existencia, encuentro y azar*. Morelia: UMSNH.
- NIETZSCHE, Friedrich. (1878/1999) *Humano demasiado humano*. Madrid: EDAF.
- OTOMÍES en resistencia y rebeldía (10 de noviembre 2021). “Convocatoria al Foro Global ‘La lucha zapatista’”. Recuperado de: <https://www.facebook.com/OtomiyRebeldia/photos/a.107292217843454/363581608881179> (consultado el 12/01/23).

